



SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

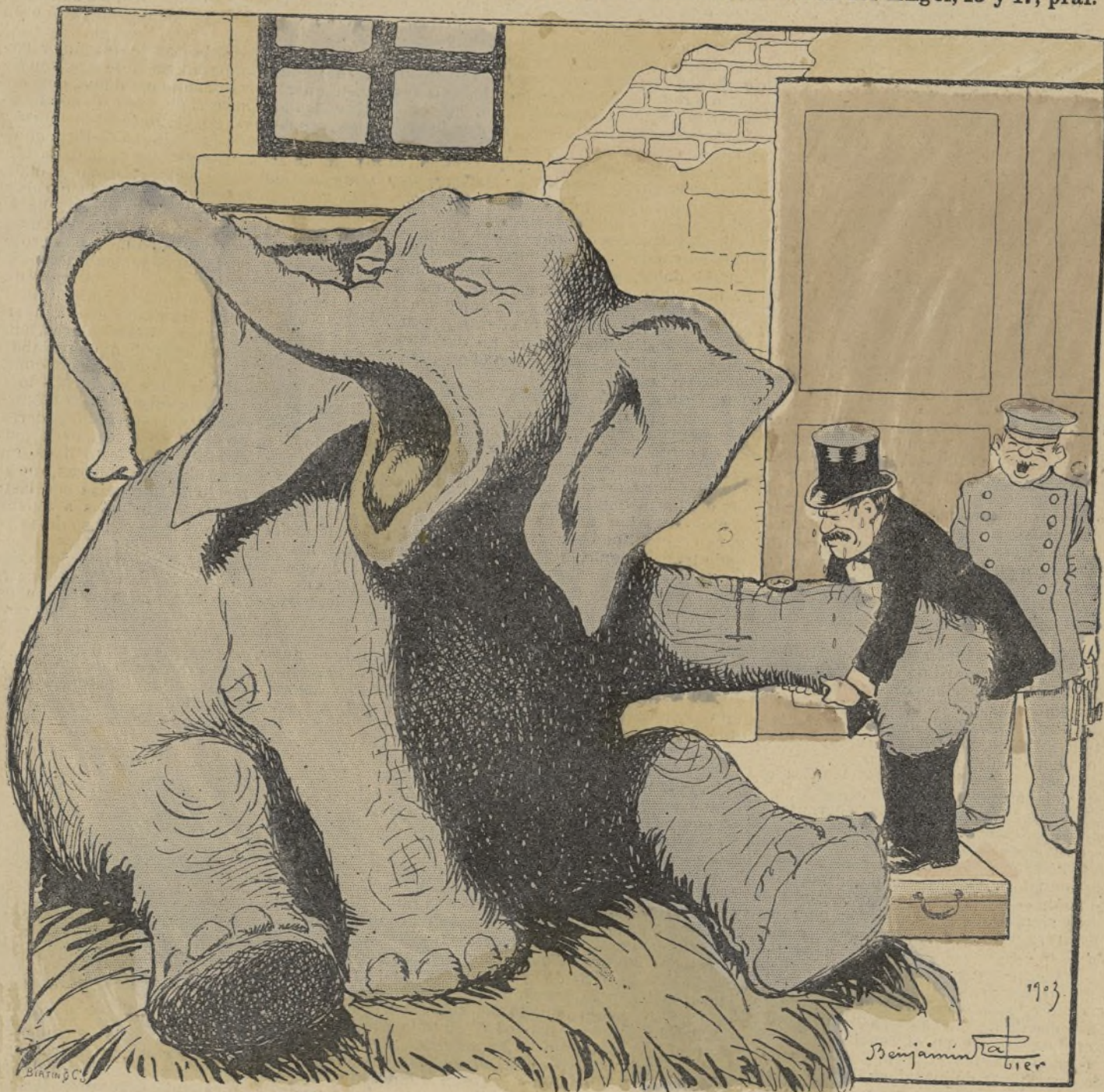
SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
Unión postal	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
Unión postal	6 meses	5'50

DIRECCION:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



La fiebre del elefante. — Un pulso rebelde

LA PELUCA DEL DOCTOR HOMOBONO

No siempre había sido calvo el doctor Homobono. Antes de usar peluca, llevó por largo tiempo su postrer mechón, que á modo de historiado arabesco decoraba su cráneo desnudo. ¿Por qué singular capricho aquel resto de una cabellera antes profusa, se había obstinado en permanecer solo, completamente solo en aquel desierto islote? ¡Misterios capilares! ¡Cuántas veces se ve en un terreno árido, entre abruptos peñascos, surgir aislada una florecilla, nacida allí no se sabe cómo, pero que se aferra á la vida extrayendo de ignoto manantial la savia que la nutre!



El doctor Homobono, muy cuidadoso de su persona, dedicaba á «su cabellera» particularísimas solicitudes. Todas las mañanas, ante el espejo, alisaba su mechón con precauciones minuciosas, obligándole, con el cepillo prudentemente manejado, á trazar aquella artística curva cuyo secreto solamente de él era conocido. Luego invertía largo espacio en un sinfín de tanteos antes de decidir la elección de corbata, calculando y comparando entre las diversas que poseía, los matices que mejor efecto producirían.

Aquel pobre mechón de lacio y débil cabello, de color amarillo y gris inverosímil, resultaba de lo más cómico que pueda imaginarse, por más que á él se le antojase soberbio y revistiese á sus ojos suprema importancia, hasta el punto de que, con la mejor buena fe del mundo, tenía por cierto que aquella escobilla causaba todavía el efecto de una respetable cabellera.

El doctor Homobono tenía cuarenta y cinco años, quince mil francos de renta y un corazón de oro. Muy peripuesto, elegante aún, con buen color en el rostro y sana dentadura, no era, como podría creerse, uno de esos viejecitos curiosos y maniáticos; y siquiera no alcanzase á la mediana su estatura, era no obstante bien formado, y en lo que toca á sus extravagancias, tan sólo tenía la que ya conocéis. De su semblante no cabe decir tampoco que fuese hermoso, pero lo hacían simpático y agradable la nobleza de su mirada y la bondadosa y serena calma que en él resplandecía. Su sonrisa no carecía de finura, y hubiera podido pasar plaza de ingenioso decidor, á no ser como era tan bueno... y á no faltarle para eso el tiempo.

Porque, eso sí, el doctor Homobono estaba siempre ocupadísimo. Era médico, médico de pobres, es decir, de aquellos que

no pagan. ¡Calculad si sería numerosa su clientela! No había necesidad de estar enfermo para acudir y tener derecho á sus buenos oficios; bastaba para ello ser desdichado. Y como los infortunios no faltan en una gran ciudad como París, día tras otro se los pasaba atareadísimo en aquella caza incesante á la miseria, á la que daba persecución bajo los tejados, en las buhardillas, en los sombríos y húmedos cuartuchos bajos, dichoso siempre que descubría un nuevo desastre que reparar, una nueva llaga que necesitaba curación.

Hay seres que nacen así. La necesidad de practicar el bien es en ellos tan fuerte, como en otros el viajar, pintar ó dedicarse exclusivamente al tocado de su persona. Y no es que esa necesidad fuese en él, en modo alguno, consecuencia de la educación, de la afición á llevar á la práctica principios filosóficos, ni de obediencia á religiosos preceptos. Había nacido bueno como nacen otros jorobados ó poetas... y bendecía el hada que había presidido á su nacimiento, feliz con poder seguir una vocación que, independientemente de sus goces propios, le producía la estimación y la simpatía de todos.

Mas ¡oh desdicha! que una mañana, al dedicarse, según costumbre, el doctor á su peinado, experimentó un pesar hondísimo. Advirtió que su mechón clareaba. En vano multiplicó las precauciones; desde entonces, cada nuevo día que transcurrió fué comprobación dolorosa de nuevas defecaciones. Pronto pudo contar los cabellos sobrevivientes; luego, poco á poco, fueron clareando más las filas y sólo quedaron algunos heroicos obstinados. Por fin, un día, fecha aciaga, el último, rubio como el oro, se le quedó en la mano.

Decir que sintió una pena desesperada, no sería verdad, pero sí que se quedó dolorosamente afectado. Luego, como aun los más horrendos dolores tienen sus límites, gracias al tiempo, gran consolador de todas las desdichas, debilitóse el pesar, llegó el olvido, hasta que cierta mañana pudieron contemplar los amigos estupefactos un nuevo doctor Homobono, rejuvenecido, adornada triunfalmente la testa con una soberbia peluca negra, bajo la cual no era posible negar que tenía un aire muy distinguido. Acostumbróse á ello todo el mundo y acabó por olvidarse que había sido un perfectísimo calvo; lo olvidaron todos... menos él, que, cosa singular, ruborizábase ahora de su calvicie, tanto como otros días estuviera orgulloso de ella, afligido de verse forzado ante sí mismo, en la intimidad de su tocado, á cerciorarse penosa y diariamente de la desnudez de su cráneo.

La vida está llena de accidentes imprevisos que llegan en el momento en que menos se les espera, y perturban la existencia más tranquila. El doctor Homobono lo experimentó por sí mismo tristemente el día en que con terror advirtió que estaba enamorado. ¡Enamorado él, á su edad! Pues era cierto; se había prendado de una mujer que frisaba en los veinticinco años. Verdad es que el corazón del doctor no estaba agostado, que su fortuna era muy sólida y su aspecto nada tenía de vejancón!... pero ¡y la peluca! ¿Se atrevería él jamás á confesar á la mujer amada la superchería de aquel magnífico postizo? Y con todo y la simpatía que la joven le demostraba, ¿dejaría de huir aterrorizada ante el lamentable espectáculo de un cráneo reluciente y desnudo como una bola de billar?

¿Cómo había ocurrido semejante catástrofe?

Entre las familias á quienes socorría el

doctor Homobono, contábase la de una excelente mujer, que tuvo la desdicha de quedar viuda con seis hijos, el último de los cuales, un precioso chiquitín de tres años, estaba gravemente enfermo. La madre, bordadora de oficio, ganaba buenos jornales; pero siete bocas son difíciles de mantener y la enfermedad del pequeñuelo agotó pronto las economías realizadas. No hubiera tardado la miseria en llamar á la puerta de la valerosa mujer, si la Providencia no hubiese acudido al humilde hogar bajo la forma de nuestro buen doctor. Gracias á él, pudieron comprarse remedios, y el pequeñín, arrancado á las garras de la muerte, volvía dulcemente á la vida, ya en plena convalecencia, sonriendo de nuevo y balbuciendo deliciosamente á los hechizados ojos de su salvador, el cual, poco á poco, fué sintiendo por aquel tierno ser un cariño rayano en adoración.

Y sucedió que á la par de ese amor paternal que llenaba su alma de una sensación ignorada y divinamente dulce, despertóse otra pasión terrible, preñada de angustias y sublimes goces, desesperaciones y esperanzas. Llamábase Juana de Iliria aquella joven señora, tantas veces hallada á la cabecera del niño, adonde, como á él, la atraía el gran sentimiento de la caridad. Lo mismo que el doctor, gozábale ella en practicar el bien, y sin ser rica, pasábale los días en busca de infortunios, que procuraba aliviar hasta donde alcanzaban sus cortos medios y de otras mil maneras cuyo secreto estaba en la infinita bondad de su corazón excelente. Era linda; más aún, seductora. Su rostro, derasgos regulares, tenía abierta y sonriente expresión; convidaba á reposar en él los ojos, y su presencia comunicaba particular encanto y alegría á todo. Flexible y armoniosa en sus movimientos, evocaba la gracia y la juventud, derramando en torno de sí un perfume de goce sereno, muy distante por cierto de lo que ocurre con ciertas almas caritativas, que gimen al espectáculo de la miseria con lástimas tales, que los desdichados á quienes visitan sienten redoblado el peso de su infortunio.

Juana de Iliria había quedado viuda después de algunos meses tan sólo de matrimonio. Realizada la modesta fortuna industrial que le dejó su esposo, vivía retirada, consagrándose á los pobres y á la educación de una niña de tres años, huerfana recogida á la cabecera del lecho de muerte de su madre, prima y última parienta que á Juana le había quedado.

El doctor Homobono sabía todo esto: la



bordadora se lo había contado, con verbosidad incansable, como que se trataba de ensalzar al hada graciosa cuya sola presencia era un rayo de esperanza. Desde el primer día en que el médico la sorprendió á la cabecera de la cama del pequeñuelo, quedóse el doctor prendado del irresistible

encanto que se desprendía de la joven. Por vez primera, sobresaltóse su endurecido corazón de célibe; después el daño hizo progresos. Tras su corazón, se le fué la cabeza. ¡Ah! bien lo advertía... estaba loco, loco de pasión contenida, y se ruborizaba á la sola idea de que pudiese adivinarse aquel amor que hacía esfuerzos por disimular... Por centésima vez, á pesar suyo, el pobre médico consideraba la imposibilidad de que tuviese realización aquel sueño extravagante, en que se gozaba con dolorido goce, y del que, al fin, era preciso despertar... Y si no, imaginaos á aquel galancete de cuarenta y cinco octubres, peluca en mano, inclinado el cráneo ante la burlona sonrisa de una mujer de veinticinco mayos, balbuciendo una grotesca declaración amorosa!

Hoy es el vigésimo día de la convalecencia del niño enfermo. A menos de que surjan complicaciones, puede considerársele salvado. Es preciso, no obstante, evitarle toda emoción, toda contrariedad que pudiera sacudir sus frágiles nervios.

En el claro y apacible cuartito, pues los hermanitos y hermanitas, bulliciosos é irreflexivos, han sido relegados al otro extremo del piso, duerme el niño en su blanca cuna. La madre, con silencioso paso, va y viene llena de solicitud en torno de la camita, y en ambos costados de ella, el doctor y Juana de Iliria, velan el retorno á la vida de aquella carne palpitante y tierna. Una inquietud silenciosa los une en un mismo sentimiento de confusa intimidad. Es la primera vez que se prolonga más que de costumbre

préndense mejor. El médico siente invadida el alma por emoción suavísima. Dijérase que por encima de ellos flota una atmósfera de ternura... de amor, y deliciosamente deja el doctor que invada todo su ser aquel encanto. El pudor de ella, sin embargo, exige que se rompa aquel comprometedor silencio, y habla del gran afecto que la une con la niñita por ella recogida y de la angustia que ha experimentado á la cabecera de este otro niño, de la misma edad, librado casi por milagro de la muerte.

—¿Verdad, doctor, que vendrá usted á verla á mi Germanita? ¡Es una niña preciosísima!

¡Vaya si irá el doctor, y de mil amores! ¡Gusta tanto de los niños!... Vedle ya animado, hablando de sus proyectos, de sus esperanzas... ¡Pues no ha de ir! ¡y como un joven! Ella parece escucharle complaciente, el médico se enardece más, y de pronto, en un movimiento de pasión loca, llega hasta tomarle la mano...

—¡Si usted quisiese... Juana!

Pero en seguida, asustado de su atrevimiento, se ruboriza, y confuso, avergonzado, para ocultar su turbación, se inclina sobre la cuna, besando al pequeñuelo, que ríe como un ángel...

¡Y ahora, el drama!

Cuando quiere alzarse, el doctor experimenta ligera resistencia seguida de una imperceptible traslación de su negra peluca. ¿Qué sucede? Nada, que el niño, alargando el brazo, ha cogido con su manita los negros bucles. Sin respeto alguno á la dignidad del doctor, atrae hacia sí el malaventurado postizo. No hay remedio; está descomponiéndolo de una manera visible... va á poner de manifiesto la superchería! ¡Oh Dios! ¡tal humillación ante ella!

—¡A ver, niñín, cómo te estás quietecito! ¡Basta, basta!... ¡eres muy feo!...

El doctor, implora, suplica con desesperación, al mismo tiempo que suave, suavísimamente, trata de abrir los delicados deditos, que resisten y se crispan. ¡El hombreco no quiere ceder de su capricho!

¡Ah! será necesario emplear la violencia para que el chiquitín afloje... y como éste

comprende que, pese á sus esfuerzos, se verá obligado á ceder, se enfada, chilla, va á darle ya un berrinche...

¡No, es preciso dejarle! ¡Serían terribles las consecuencias!... ¡Una emoción fuerte podría serle funesta!...

Y sonriendo, con la sonrisa de los mártires, el bueno del doctor, con la muerte en el alma, siente cómo poco á poco va desprendiéndose su negra peluca, bajo la implacable impresión de los frágiles deditos...

¡Ya está!... El bebé ríe á más y mejor, y,



satisfecho, se goza á la vista del cráneo mondo y lirondo que bajo sus negros cabellos tienen los doctores, sin duda para regocijo de los niños enfermitos!

Ruboroso y confuso, el doctor Homobono no se atreve á levantar la vista hacia la burlona é irónica mirada que adivina... ¡Qué humillación! ¡qué vergüenza! ¡Adiós sus queridos sueños, sus risueñas esperanzas!

—¡Oh, doctor, y cómo quiere usted á los pequeñuelos!

Por encima de la cuna, donde ríe todavía el chiquitín, el doctor ve una mano hacia él tendida. En el rostro de Juana resplandeciente de ternura y de bondad, iluminado por el brillo de sus ojos húmedos, por el encanto de su dulce é indulgente sonrisa, se adivina claramente que «Lo sabía...»

Y como el buen doctor no puede creer aún en su dicha, la joven se ve obligada á decirle, con la misma entonación que él hace poco:

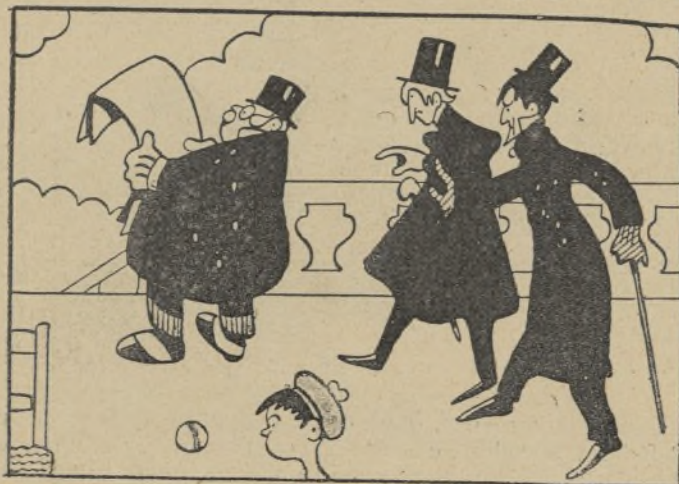
—¡Si usted quisiese, doctor!...

ESTEBAN JOLICLER.



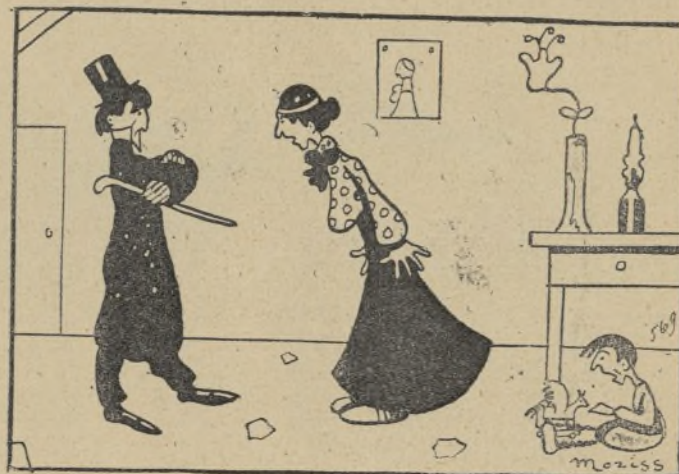
su entrevista: lo exige así la imperiosa voluntad del pequeñín, que amenaza con llorar y gritar así que uno de sus amiguitos muestra intenciones de retirarse. En el silencio embarazoso que entre ambos reina, com-

La paja en el ojo ajeno, etc., etc.



EL AMIGO DEL POETA. — ¡Mira, mira qué hombre tan sucio!

EL POETA. — ¿Qué quieres? ¡Un cerdo que se ha revolcado en la pócilga!



Al poco rato.

LA MUJER DEL POETA. — ¿Te has atrevido á salir así? ¿No te da vergüenza ir cubierto de manchas?

EL POETA. — ¿Le da vergüenza al sol ostentárlas?



Cita shakesperiana

— ¡Un caballo! ¡un caballo! ¡Mi reino por un caballo!

— ¿No piensas regalar nada á nuestra sobrina Enriqueta el día de su santo?
— Pero, mujer, ¿no la acabo de dotar?
— No seas tacaño, ¡le hacen falta aun tantas cosas para su casa! Sin ir más lejos, sé que desea una jardinera para el salón.
— Vaya, pues vamos á comprársela.
— ¡No es necesario; ya la escogimos ayer las dos!

— 6 —

Muy bien habla Sinfrosa,
Y que la palma le den
En eso, pide orgullosa;
Mas no es mucho que hable bien,
Pues jamás hizo otra cosa.

P. de Jérica.

— 6 —
La altanería de las mujeres se estrella á menudo contra la paciencia de los hombres.
Proporcio.

Un sujeto casó en segundas nupcias, y cierto día, olvidando que su mujer estaba presente, comenzó á hablar bien de la primera.

De pronto, reconoce su inoportunidad y exclama:

— Dispénsame, hija mía, pero aunque te quiero mucho, siempre me da lástima aquella pobre Matilde.

— ¡Por mucha que te dé, no será tanta como á mí! — replica la segunda víctima.

— 6 —

En un restaurán de á dos pesetas cubierto, se lee el siguiente anuncio:

«Hay médico en la casa.»

— 6 —

Las mujeres rara vez se perdonan la ventaja de la belleza. — Fontenelle.

— 6 —

La baronesa encuentra á su médico:

— Querido doctor! He sabido que ha estado usted enfermo cuatro días.

— Sí, señora, y precisamente con la misma enfermedad que la ha tenido á usted en cama tanto tiempo y que me obligó á hacerle tantísimas visitas.

— ¡Y se ha puesto usted bueno tan pronto! ¿qué ha tomado usted?

— Absolutamente nada.

— 6 —

— ¡Caballero! ¡una limosna por Dios! Hace tres días que no he comido.

— Pues continúe usted así; ese es hoy el principio de una gran fortuna.

— 6 —

Un amigo propone á otro una partida de billar, mano á mano.

— Imposible — contesta el otro: — yo no puedo jugar, si no me dan algunos palos.

— 6 —

Al cabo de un año, tiene el mozo las manas de su amo.

La perspectiva y los labriegos



— ¡Valiente chaseo nos llevamos, Mariángela! ¿Cómo va á pasar el carro por allá abajo, si es tan estrecho?

Perplejidad



— Este pintamonas, que por todo capital posee una enfermedad complicada, me ofrece un cuadro en pago de la operación. ¿Qué hago? Si le salvo, mi reputación queda cimentada y puedo aumentar mis honorarios... pero el cuadro no hay quien lo compre... Si, por el contrario, le dejo que se muera, me tratarán de borrico, pero en cambio alcanzará un precio fabuloso su cuadro... ¡No sé qué hacer!

—¿Cómo es que tú, rico y elegante, llevas un sombrero tan estropeado?
—Pues muy sencillo. Me ha dicho mi mujer que no sale conmigo mientras no me compre otro.

—
Mucho ofreces, nada das;
Mucho hablas, nada cierto;
Mucho debes, nada pagas;
¡Eres todo un caballero!

L. del Arroyal.

—
La mujer algarera, nunca hace larga tela.

—
Entre dos prójimas:
—A mi hombre—dice una—le ataca el vino á la cabeza, y ¡dice cada disparate!
Y contesta la otra:
—¡Pues al mío le ataca á la mano, y suelta cada gofetá!...

—
—¿Es cierto que te casas?
—Sí, amigo mío; con una chica encantadora, huérfana...
—¡Ah! Entonces te felicito.
—Huérfana de padre.
—Entonces retiro la felicitación.

—
Entre amigas:
—Tu hijo es muy hermoso, pero no me gusta verle siempre tan triste.
—¿Qué quieres! Por más azotes que le doy, no puedo corregirle ese defecto.

—
En una perfumería
(No sé si la de Miró)
Entró un calvo y preguntó
Si en ella peines había.
—Sí los hay,—con mucho celo
Respondió una voz taimada;—
Y también tengo pomada
Para hacer nacer el pelo.

A. Ribot.

—
—¿Qué encendido estás! ¿De dónde sales?
—Vengo de comer en Fornos.
—¿No es posible!
—Lo que oyes. Y te prometo llevarte un día que tengas dinero.

Teoría cierta



Se ha notado á menudo que los asiduos lectores de un periódico acaban por tomar un talante y una fisonomía que recuerda las tendencias y, particularmente, el título de su periódico favorito. Esta teoría es cierta; véase de ello un ejemplo sorprendente.

Hay comunista escritor,
Que la propiedad proscribe;
Pero es chocante, lector,
Que á manera de «¡quién vive!»
Ponga, en todo cuanto escribe:
«Es propiedad del autor.»
C. Lombart.

—
Todas las mujeres predicán el amor platónico; pero muchas de ellas se parecen á esos avaros de lujo que hablan siempre de gastos, sin hacer ninguno.—Saint-Prosper.

Las personas que saben poco, hablan mucho; las que saben mucho, hablan poco.

—
Un estudiante recién llegado á Madrid pregunta á un mozo de cordel:
—¿Por dónde se va á la Universidad?
—¡Bah! Eso lo sabe cualquier borrico...
—¡Pues por eso te lo pregunto!

—
Dos maestros de escuela hablaban de la reunión del Congreso pedagógico:
—¿Y dice usted que inauguraremos el Congreso con una comida?
—Sí. ¿Por qué?
—Para pedir que nos constituyamos en sesión permanente.

—
Preguntaban á un recién casado:
—¿Ahora será usted feliz, picarillo?
—¡Ya lo creo si soy feliz! Sólo que mi felicidad consiste en la esperanza que tengo de enviudar pronto.

—
Cuando yunque, aguanta; cuando martillo, machaca.

—
Una buena mujer encontró á su marido tendido en la acera y borracho como una sopa:

—A este paso, pronto irás á presidio, exclamó furiosa.
A lo que contestó el borracho, con mucha calma:

—A este paso... no me moveré de aquí.

—
Al hombre ¡oh mísera suerte!
Todos, con mano extendida
Pueden quitarle la vida;
Pero ninguno la muerte.

F. de la Torre.

—
Nunca se aconsejará lo bastante á las mujeres el que hablen bien de las otras, para que piensen bien de ellas mismas.—Ségur.

Calínez invita á comer á sus amigos



CALÍNEZ (á sus invitados). — ¡Con franqueza! Si ustedes tienen costumbre de tomar café después de los postres... no quiero detenerles!

Ventajas de parar en seco



EL CABALLERO. — No podemos utilizar este tranvia... ¡Ya lo veis! ¡está lleno!



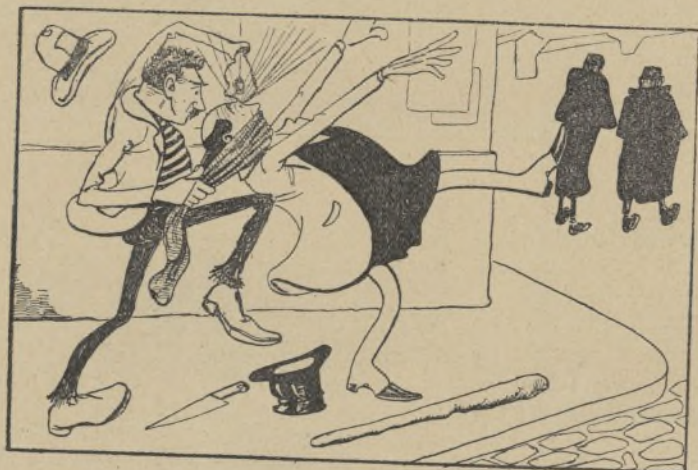
— ¿...?

EL CONDUCTOR. — ¡Pues no ha de haber sitio! ¡El interior está medio vacío!

Los artistas



— Conoci á un bandido de un alma artística tan grande, que llegó hasta á sacrificar su vida por el regocijo público. Siempre que se disponía á dar un golpe nocturno, tomaba excitantes y alcoholes.



— Y gracias á la sobreexcitación que esto producía en su cerebro, llevaba á cabo crímenes de emoción arrebatadora, que hubiera sido incapaz de ejecutar de otro modo.



— ¡Cuán ajeno vive el engolfado lector, de que todas aquellas hazañas, á cual más interesante, que en el periódico encuentra, son obra de aquel autor que ahora le divierte y gasta su vida sólo por él.



— Cuanto más la miro, más me convengo de que la luna de París se parece á la del pueblo.

Caminando cierto día el inmortal fabulista Esopo, se encontró á otro caminante que descansaba de las fatigas de su marcha. Después de saludarse mutua y cordialmente, preguntó el otro á Esopo:

— ¿Cuánto tardaré en llegar al pueblo de dónde venís?

— Empieza á caminar — contestó el fabulista.

— Pregunto que cuánto podré tardar.

— Camina — repuso Esopo, sin detenerse.

El viajero tomó por un desdichado loco al desconocido, y emprendió la marcha; pero no tardó en oír la voz del interpelado, que gritaba desde lejos:

— Tardarás dos horas. ¿Cómo había de contestar exactamente, sin conocer la velocidad de tu paso?

— 36 —

Á un hijo que demandó en justicia á su padre, díjole el sabio Pitaco:

— Si no tienes razón, serás condenado; y si la tienes, merecerías serlo.

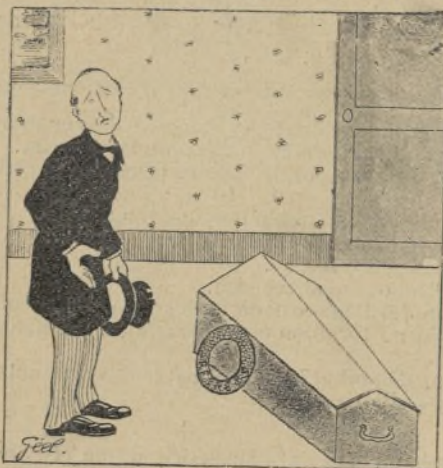


LAGUIA. — Mi querido Farolón, estoy malhumorado; los negocios marchan de mal en peor.

FAROLÓN. — Pues sigue mi consejo, querido, y tu porvenir está asegurado. He descubierto un método infalible para ganar en las carreras, y me complacerá dártelo á conocer. Con él lograrás una situación descansada.



LAGUIA. — ¡Ah, método maldito el de Farolón! ¡Mi caja por completo exhausta! ¡no tengo más remedio que suicidarme!..



FAROLÓN. — ¡Pobre Laguiá! ¡Ya le decía yo que lograría una situación descansada!

A Clotildita le duelen las muelas, y llora á más no poder.

—Pero, hija mía, ten juicio delante de las gentes— dice su mamá.

—¡Ya!— contesta la niña — ¡si yo pudiera hacer lo que tú, que en doliéndote los dientes te los quitas!

Las mujeres consideran la confianza como el primer requisito de la amistad.

Mme. de Stael.

Murió un novio en vísperas de su boda.

Los parientes, queriendo consolar á la novia, la decían:

—Da gracias á Dios; te ha evitado que te casaras con un muerto. A poco más, hubieras pasado la luna de miel en el cementerio.

Desgraciada la mujer á quien las distracciones hacen dichosa — Goldsmith.

Moviendo á compás la saya

Con su atavío completo,

A una maja vió un paleta

Y le dijo: — ¡Adios, tocaya! —

La moza le respondió,

Puesta en jarras, y con sal:

—Escuche usted, so costal:

¿Me llamo Bárbara yo?

—¿Qué hace D. Antonio?

—Ha muerto esta mañana.

—¡Imposible! ¡si ayer noche le ví yo!

—Y diga usted: los que usted ve de noche, ¿no se mueren nunca?

En una fotografia:

—Aquí tiene usted el retrato de su hijo de usted.

—Está parecido.

—Pero no me lo ha pagado.

—¡Parecidísimo!

Decíale un artista á otro de gran talento:

—¿Cómo no le han condecorado á usted todavía?

—Soy demasiado viejo.

—¿Y en otro tiempo?

—Era demasiado joven.

Decía un egoísta, al regreso de unos baños:

—Las aguas han transformado mis sentimientos. Así que veo que un pobre me tiende la mano, no puedo menos de... estrechársela con efusión.

Escena de amor:

—Soy incapaz de expresar lo que siento por usted, Matilde.

—No importa. Con tal de que sea usted capaz de hacérselo comprender á mi padre, me basta.

En un juicio oral:

—¿Es cierto que el acusado le dejó á usted una navaja?

—Sí, señor, clavada en una pierna.

—¿Está el señorito?

—Sí, señor; pero no recibe.

—¡Me alegro! Precisamente yo le traía quinientas pesetas...

—Bibliotecario anteayer

Han nombrado á don León.

—¡Hombre! excelente ocasión

Para que aprenda á leer.

Quien ha de ser servido, ha de ser sufrido.



BAUTISTA. — ¡Voto al diablo! ¡A buena hora se pone á llover! ¿Cómo me guarezco yo de la lluvia cargado con estos paquetes como un mulo?



.. ¡Pues no me había olvidado yo de mi antigua profesión de equilibrista!

Un sastre vuelve por vigésima vez á casa de un parroquiano suyo, con la factura en la mano:

—Pero, en fin, si no pensaba usted pagarme, ¿por qué regateó usted tanto, y me exigió que le hiciera descuento?

—¡Hombre!— contesta bondadosamente el parroquiano— porque creí que de ese modo la pérdida sería menor para usted.

En una tertulia.

Un caballero, á una señora de edad ya muy madura:

—¿Qué edad tiene usted señora?

—Nadie tiene más edad que la que representa.

—¡Oh! No será usted tan vieja.

Dos recién casados, que apenas si hace cuatro meses que contrajeron el sagrado vínculo, son de carácter tan idéntico, que casi diariamente se administran un pescozón ó un arañazo.

Una vecina caritativa pretende, con empeño, apaciguarlos, pero el marido de ésta, gran socarrón, interviene:

— ¡Déjalos!... son cosas de novios.

— ¡Cómo!

— Sí, mujer; están en la *lucha de miel*.

Al que te traiga un cuento, desprécialo al momento.

Pidióle á Narciso, un día,
El mentecato Gaspar,
Un libro donde encontrar
Reglas para la poesía.
— Ya está cumplido su intento
(Dijo al dárselo Narciso);
Mas lo que ahora es preciso
Es que busque usted talento.

— ¿Qué precio tiene el cuarto desalquilado?

— No sirve para usted.

— ¿Por qué?

— Porque es usted muy viejo, y el propietario no quiere que se muera nadie en la casa.

Ocurriósele á cierto impertinente preguntar á un conocido suyo:

— ¿Cómo come usted?

Y el conocido, que no estaba de muy buen humor, le contestó:

— ¡Cómo! ¿cómo como?... Como como como.

Disputa conyugal:

— ¡Ah! — exclama el esposo, — tú has nacido para ser la mujer de un imbécil.

— Y no creo haber faltado á mi misión — contesta resueltamente la aludida.

Sopas y amores, los primeros los mejores.

Un buen conocimiento



PRIMER BAÑISTA. — ¿Sabe usted cuánto tiempo se necesita para ir á Valenzuela?

SEGUNDO BAÑISTA. — ¿En coche?

PRIMER BAÑISTA. — No, á pie.

SEGUNDO BAÑISTA. — No puedo decirle á usted, caballero; yo nunca voy á pie.

PRIMER BAÑISTA (*aparte*). — ¡Qué suerte! A ver si ensancho mis relaciones y aumento mi comercio con el trato de este distinguido caballero.



El caballero distinguido que jamás va á pie á Valenzuela.



Prohibición muy en su puesto

EL BANQUERO (*atropellado por un cliente*). — ¡Salga usted mi casa! ¡Y cuidado con que vuelva á poner aquí los pies!



Sol poniente

— Dí, ¿qué hace tu padre?
— Hace sombra.



El centauro moderno



EL EMPLEADO. — No hay sitio sino en la galería.
EL PROVINCIANO. — ¡En la galería! ¡Mira si tuve buena idea al tomar el paraguas! ¡Está lloviendo á mares!

Un caballero duro de oído



EL SALTEADOR. — ¡La bolsa ó la vida!
EL TRANSEUNTE. — ¿Qué dice usted? Levante más la voz: estoy muy sordo.



—¡Lo que yo temo, querido, no son las bestias feroces, sino al sol!

—¡Cómo! ¿tú? ¡Temer al sol un hombre del Mediodía!



—Poco á poco: es que en nuestro Mediodía hay sombras.

—Pues por eso no te apures, chico; también cazaremos á la sombra en el desierto!

—Tengo á mi padre doctor,—
Dijo, á Vicente, Ventura;—
Mi hermano mayor es cura
Y yo soy enterrador.

Quando alguno enferma aquí,
Le ve mi padre temprano,
A seguida va mi hermano,
Después me llaman á mí.

Quien quiera ahorrar dinero
Y enfermo se llegue á ver,
Lo mejor que puede hacer
Es llamarme á mí primero.

Manuel del Palacio.

—El hombre—decía cierto padre á su hijo—no debe engañar nunca á sus semejantes.

—Entonces, papá, ¿por qué, cuando vienen á pedir dinero, dice usted que no está en casa?

—Porque los arreedores no son nuestros semejantes.

—*En el campo:*

—¿Conque se ha muerto su marido de usted?

—Sí señor: comenzó á perder el apetito y poco á poco se fué acabando.

—¿Y qué ha dicho el médico?

—El médico no le ha visto. Aquí nos morimos nosotros solos.

—¡Viajeros al tren!—gritaba

El mozo de una estación;

Mas la esposa de Simón

Quieta en el andén estaba.

—¿Y usted qué hace?—un tal Carreras

La hubo al fin de preguntar.

Y ella respondió:—Aguardar

Que llamen á las viajeras.

Liborio Porset.

—*En la Prevención:*

El inspector.—¿Por qué ha pegado usted esta noche á ese caballero?

El detenido.—Porque no había podido pegarle por la tarde.

—¿Cuándo establecerán el divorcio absoluto!—decía un marido.

—Entonces—repuso su mujer—me casaría de nuevo, y tú me echarías de menos.

—No; quien me echaría de menos á mí, sería seguramente... tu nuevo esposo.

Las lágrimas son la fortaleza de las mujeres.—Saint-Evremond.

—*Entre dos amigos:*

—¿Quieres que pongamos una taberna á medias?

—Bueno.

—Tú pones el vino.

—¿Y tú?

—Yo pondré el agua.

—No te cases, que es, amigo,

Tu estado el mejor estado.

—¡Hombre, pues tú estás casado!

—Pues por eso te lo digo.

E. Estremera.

—¿Rezas tú mucho?—preguntóle Matilde á Ramona.

—Mucho—contestó Ramona;—sobre todo desde que me he casado.

—Y ¿qué le pides á Dios?

—¡Paciencia!

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

CHARADA

En todo vi una tres, que es dos tercera
y dos primera.
Le di un tres dos; tomóle, nos gustamos,
y nos casamos.

ENIGMA

Es mi olor muy agradable,
Mi nombre de peregrino,
Y tengo virtud notable,
Aunque nadie supo que hable,
Ni que anduviese camino.



CELESTINO (leyendo): «Un agente de policía, al recorrer su demarcación encontró á dos granujas merodeando con intento, según las trazas, de desbaliar una propiedad. Sin aguardar más, el diligente funcionario sacó el revólver y dió muerte á entrambos ladrones.»

—¡Caramba! ¡Es mucha inhumanidad esta en un siglo como el nuestro!



CELESTINO (continuando la lectura): «Cuatro franceses, exploradores en el África central, quisieron apoderarse de la vivienda de tres negros, los cuales trataron de resistir. Nuestros valientes exploradores, haciendo uso de sus armas, mataron á dos. El tercero rindióse.»

—¡Habrás visto qué indecentes negros! ¡no querer rendirse! ¡Pues si yo acierto á estar allí, mato también al tercero!

ADIVINANZA

¿Cuál es el hijo cruel
Que á su madre despedaza,
Y su madre, con su traza,
Se lo va comiendo á él?

Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA.—*Mis ria.*

ENIGMA.—*Naípe.*

Imprenta de Henrich y C.^a en cta. — Barcelona

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygienne
Paris, 55, Rue de Rivoli.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

80 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS.

Inglesa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno.

Amor y Pedagogía.

J. Martínez Ruiz.

La Voluntad.

Antonio Zozaya.

La Dictadora.

Timoteo Orbe.

Guzmán el Malo.

Dionisio Pérez.

La Juncalera.

Rafael Altamira.

Reposo.

Pío Baroja.

El Mayorazgo de Labraz.

Emilio Bobadilla (Fray Candil).

A fuego lento.

José del Caño.

Heces y Espumas.

Ernesto López (Claudio Frolo).

Esau.

Arturo Campión.

La Bella Esau.

Luis López Allué.

La Enramada.

Ramiro de Maestu.

La Mujer fuerte.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.ª, Editores
BARCELONA

No empleéis
sino las
PLACAS
Y PAPELES

JOUGLA

LUSTRE NUBIAN
Se emplea sin Cepillo.
Aplicándolo una vez cada quince días
rígide el calzado impermeable conser-
vándole el brillo y el aspecto como si fuera nuevo.
Da Venta en todas partes. — Exijase el Nombre y la Marca.
Para calzado de color pidase la "YOUNG'S CREAM"
C. NUBIAN, 128, Rue Lafayette, París.



VERDADEROS GRANOS de SALUD

del Dr. FRANK
Un siglo de clientes, por todo el mundo!
Contra el ESTREÑIMIENTO
y sus consecuencias:
Inapetencia, Jaqueca
Embarazo gástrico, etc.
EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS,
con Etiqueta en 4 colores,
análoga a la del margen, y el
Nombre del Dr. FRANK
sobre cajas azules, cuyo fac-símil
damos también al margen.
It. 501/2 caja (50 gr) 3 l. caja (405 gr)
Es el mejor, el más cómodo y el más
barato de los Remedios
A cada caja acompaña una
instrucción detallada.
EN TODAS LAS FARMACIAS.



CAZADORES A 30 metros,
sin fuego, ni
humo, ni ruido
Toda clase de piezas, con perdigones ó con bala.
Presión muy fuerte desde 12,50 Ptas
INSTANTANEO — 18,50 y 22,50 Ptas
MATA-GORRIONES — a 4 francos y a 6,50 Ptas
(Armas nuevas depositadas) Cal. 6to y 7.º.
RIGAULT, Inv. fabr. 26, * du Temple, PARIS.



CASA PARA VENDER
en San Andrés de Palomar — Barcelona
Valor: 5000 pesetas.
DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN
Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

LE PÊLE-MÊLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA